

De la noche a la mañana: el reino de lo invisible

palomavi@gmail.com

por Paloma Villalobos

Doctora en Bellas Artes. Universidad Complutense de Madrid (España)

Resumen

Desde hace mucho tiempo sabemos que hay un reino de lo invisible que gobierna nuestras vidas, del cual emanan ciertos fenómenos naturales como los terremotos, sucesos que súbitamente amenazan y fracturan el curso de "lo normal". La presente pandemia ocasionada por la Covid-19, emana de aquél mismo reino, no obstante, ha marcado un precedente logrando drásticamente la demanda de la lucha ecosocial: detenerse, paralizar la actividad humana de manera global. A partir de la narrativa bélica usada por los gobiernos europeos al inicio de la crisis vírica y de los avistamientos de animales salvajes en las ciudades vacías debido al encierro, este ensayo reflexiona cómo la pandemia, entendida como desastre socionatural, deja ver las carencias, excesos y fragilidades que suceden entre humano y naturaleza. Advertiremos, por un lado, que procesos naturales y seres animales son meros productos al servicio de una economía capitalista, por otro, insinuaremos la esperanza de que la crisis permita nuevas maneras de vivir/convivir.

Palabras clave: pandemia, narrativa bélica, desastre socionatural, capitalismo, fragilidad.

Overnight: the realm of the invisible

Abstract

We have long known that there is a realm of the invisible that rules our lives. From that kingdom emanate certain natural phenomena such as earthquakes, events that suddenly threaten and fracture the course of "normal". The present pandemic caused by the covid-19 emanates from that same realm, however, has set a precedent, drastically achieving the demand of the eco-social struggle: stop, paralyze human activity globally. Based on the war narrative used by European governments at the beginning of the viral crisis and the sightings of wild animals in empty cities due to confinement, this essay reflects on how the pandemic, understood as a socio-natural disaster, reveals the deficiencies, fragilities and excesses that happen between human and nature. We will warn, on the one hand, that natural processes and animal beings are mere products at the service of a capitalist economy, on the other, we will insinuate the hope that the crisis will allow a future with new ways of living and living together.

Keywords: pandemic, war, socio-natural disaster, capitalism, fragility.

De la noche a la mañana: el reino de lo invisible

No es guerra, es desastre socionatural

Cuando empezó el confinamiento a mediados de marzo en España, las primeras reseñas en los medios de comunicación y el lenguaje usado por el gobierno para referirse a la pandemia ocasionada por el virus covid-19, fue asumir un estado de guerra. Había que colocarle un rostro al enemigo y la alegoría más esquemática para ilustrar la lucha contra un desconocido era, para la clase política, entender la pandemia con una narrativa bélica donde el adversario era un patógeno que, aunque sin cuerpo, había que doblegar con nuestro encierro absoluto y la paralización de actividad. Un aislamiento y una interrupción global sin precedentes en la memoria de las sociedades y donde el campo de batalla se circunscribía a nuestro entorno más cercano y familiar. Aquel futuro distópico del cine y la literatura se había materializado súbitamente y teníamos que “combatirlo”.

Ahora bien, este imaginario de guerra que las autoridades elaboraron, evitaba asumir que aquel enemigo era más bien un ser extra humano que con su actuar sin distinción y velocidad de contagio incontrolable, estaba dando origen a un desastre biológico. La palabra “pandemia” se incorporaba al vocabulario de la crisis de manera más vulgar, sin embargo la negación mediática y de los gobiernos europeos a usar la palabra “desastre” o “catástrofe”, desnudaba, por un lado, la falta de experiencia con los mismos, por otro, reflejaba la negación de la realidad como forma de control de las masas, como forma de contención de los deseos y, en ese contexto, la retórica militarista era el remedio más inmediato para que las muchedumbres acataran las instrucciones. Identificar al enemigo con una moral de contienda podía familiarizar a las generaciones con su historia, con las guerras del siglo pasado ocurridas en Europa y sus consecuencias traumáticas, la pérdida de seres cercanos, la incertidumbre, la sobrevivencia, el dolor. No obstante, “sólo se puede hacer la guerra entre humanos y a otros humanos” (Alba y Herrero, 2020) y este nuevo enemigo era inherente a nuestro propio cuerpo y no tenía la finalidad de la guerra de causar el mayor daño posible a una determinada población, pues no razonaba ni era perverso, no usaba armas ni violencia, su letalidad era propia de nuestra condición como

seres vivientes, vulnerables a la enfermedad, a ser organismos arraigados a un ecosistema que se transforma y es dinámico. Ante un desastre biológico dibujado como contienda bélica, seríamos enemigos de nosotros mismos sumidos en una discordia contra la propia subsistencia.

Entender el virus como parte de la vida y no antagonista, no sería restarle su significación, sería reconocer que somos parte de los procesos naturales y la pluralidad del universo. Entender la pandemia como desastre biológico y por ende desastre sicionatural, ayudaría a aceptar nuestra fragilidad e *insignificancia* como especie humana, que, así como sociedades somos cuerpos, y que por muy domesticados que aparentemos estar, en estas crisis globales, somos meras pelusas llevadas por el viento. El binomio naturaleza y sociedad sería imaginario, no habría separación, "somos una unidad biológico-cultural" (Maturana, 2020), como cuando precisamos que el desastre *no es natural sino sicionatural*, pues el actuar natural precisa una configuración humana para ser desastre, lo natural se instala como una construcción social que implica categorías cívicas y responsabilidades humanas. La pandemia, por ende, se concibe a partir de agentes naturales y sociales que coexisten.

Al igual que con terremotos y tsunamis, esta pandemia entendida entonces, como catástrofe sicionatural, no se ha podido aplacar ni prevenir. A diferencia de Latinoamérica y Asia, los países europeos han gozado de la ausencia de sucesos tectónicos y movimientos telúricos de alto impacto. En particular, en Chile, nuestro vínculo con los eventos sísmicos es cultural, crecemos vulnerables al temblor súbito y a la convulsión marítima, lidiando *contra* la fuerza de una naturaleza inesperada que reacciona de manera violenta y sin control. La falta de certeza en geografías telúricas es permanente. En ese sentido, tsunamis, terremotos y ahora la presente pandemia, emanan de "un reino de lo invisible que nos gobierna" (Aurenque, 2020). En el caso de los movimientos telúricos la sensación de temblor terráqueo es invisible, aquellas placas que se friccionan en las profundidades de la tierra nunca las veremos, la amenaza de la convulsión se percibe con nuestros sentidos, pero es intangible, veremos sus efectos en la superficie, en lo material, las viviendas destruidas, los bordes costeros arrasados. En el caso de la pandemia sucede algo similar,

su invisibilidad se rubrica sobre los cuerpos y sus roces, el riesgo y la amenaza está latente como una imagen sin revelar, hasta que el cuerpo sintomatiza, llega la fiebre, la respiración anómala. Aunque sabemos cómo opera este reino de lo invisible desde hace mucho, el desequilibrio y el desinterés que ocurre desde hace décadas con los transcurso de la naturaleza, provoca su olvido. Y de pronto, el reino ruge, irrumpe de manera indomable con todo su esplendor y parecemos sorprendidos.

Si buscamos, por lo tanto, parámetros para comprender la pandemia en su dimensión de desastre socionatural, los tsunamis y terremotos serían sucesos referenciales que azotan al planeta si nos atenemos al número de víctimas fatales, como el tsunami de 2004 que devastó la costa Indica causando la muerte de 230.000 personas, o el terremoto de Haití de 2010, que arrojó la terrible cifra de 200.000 muertos en un solo país (Dorta, 2020). Todas estas consecuencias desnudan el tejido socioeconómico de cada país, visibilizan la violenta desigualdad entre clases y señalan los sectores más vulnerables de toda crisis, pero, además, someten bruscamente al duro encuentro con una naturaleza salvaje que olvidamos, que actúa sin protocolos ni rodeos: el reino de lo invisible no nos considera, actúa de *forma natural* como un "mundo-en-sí" o un "mundo-sin-nosotros" (Thacker, 2015).

La presente pandemia entendida como desastre socionatural permitiría entonces, aceptar que el comportamiento de la naturaleza es un factor histórico que ha determinado todos los siglos y que no se puede seguir dejando de lado. Permitiría tomar conciencia de que nos enfrentamos "a una forma inocente que nos destruye, pero que al mismo tiempo está reequilibrando la balanza de la vida terrestre" (Carmona, 2020), como todo fenómeno natural. Permitiría, además, recordar que vivimos en un planeta que interactúa de manera viviente, que se transforma y autorregula sin el permiso de nadie (Stengers, 2009), un planeta de espasmos, tempestades y microorganismos propios de su devenir, que cumplen importantes funciones moderadoras del ecosistema y que reaccionan con o sin la presencia humana. Nuestro valor no es determinante, en esta época antropocena y capitalocena somos una amenaza para los sistemas naturales y si recordamos que de igual forma somos naturaleza, la amenaza es hacia nosotros mismos.

Ahora bien, este virus extrahumano, ha llegado para marcar un precedente consiguiendo drásticamente la demanda de la lucha ecosocial: detenerse. Un microorganismo sin propósito ni voluntad como viajero de la globalización que no reconoce territorios, nos afronta a una amenaza compartida entre todas y todos, por todo un mundo, construyendo así el obstáculo necesario para que las sociedades a nivel coral, paralizadas y aisladas como nunca, se asomen a pensar en sus maneras de vivir/convivir y en la necesidad, a modo de urgencia, de una dinámica de decrecimiento basada en otros sistemas socioeconómicos, pues la lógica del capitalismo que hoy impera, alcanza cada día más su fracaso.

Padecer la carencia de naturaleza

Nuestra perspectiva de crecimiento, identificada con el progreso, sigue imponiéndose como sentido único de vida; el desenfreno de producción y consumo, inscrito en un modelo financiero neoliberal, ha provocado la explotación severa y la desaparición agónica de ecosistemas diversos, entes gigantes y minúsculos, milenarios y nuevos, trillados y desconocidos, amorfos y etéreos, todos, arrasados o modificados para tacharlos como recursos y bienes. Reparar en la subsistencia de otras temporalidades, sensibilidades y escalas se ha perdido, sin ello es insostenible comprender la ecosfera y proyectar la coexistencia ecológica (Morton, 2016). Invadir la naturaleza, destruir bosques nativos y selvas, contaminar las aguas, interrumpir la vida animal salvaje y desequilibrar la diversidad de las especies, por un lado, ha llevado a liberar patógenos, a fomentar las cargas víricas y a los repetidos saltos de virus de animales a humanos (Valladares, 2020); por otro lado, ha contribuido a que las zonas urbanas se extiendan, acaparen perímetros naturales y a que nos amontonemos en territorios superpoblados donde somos demasiados queriendo lo mismo. Los seres humanos somos más abundantes que cualquier otro gran animal en la historia del planeta, lo cuál representa un desequilibrio ecológico severo que no debe persistir pues, así como pasa con muchas especies cuando son muy abundantes, hay una

corrección natural y algo les ocurre para reparar ese desorden: la falta de comida, nuevos depredadores o las mismas plagas virales se encargan de la eliminación (Quammen, 2020).

Estamos inmersos de manera normalizada en sistemas habitables donde la naturaleza se ha vuelto un decorado que sucede alrededor nuestro, un lugar funcional y una sustancia rentable para satisfacer el ocio y apetito humano, principalmente, para sociedades de economías neoliberales y culturas occidentales carentes de una cosmovisión integrada de naturaleza/cultura que no incorporan el entorno físico y biológico a modo de compromiso ético (Villagrán y Videla, 2018). En ellas la vorágine de la necesidad (irreal) de consumir a destajo predomina, lo cuál ha llevado a que lo que comamos, vemos y tocamos esté operado, "lo natural" es un producto que se mercantiliza. Además, la lógica imperante del capitalismo no sólo se ha encargado de volver la naturaleza un bien rentable, de la misma manera, se ha encargado de que nuestros vínculos físicos y afectivos se hayan desnaturalizado y cosificado. Nuestras formas de experiencia se han vuelto producciones visuales: dependemos de la captura desatada de imágenes de nosotros mismos que dejamos fluir dentro de un capitalismo cognitivo que nos tiene adictos a exponer nuestras vivencias y observar las de los otros. En ese contexto, la naturaleza también es una imagen a explotar que revela lo excluido que estamos de ella, por ejemplo, un atardecer en la playa parece no tener sentido sin una cámara (móvil) en mano, nuestra relación con la vida natural está mediatizada y estereotipada, y sólo cobra relevancia cuando se representa y publica. Un atardecer hecho imagen que reivindica nuestro lugar en el mundo, pero que asimismo refleja lo ausente que estamos de él y el déficit de atención ante el entorno físico: la experiencia como imagen está estereotipada pues estaría asociada a su consumo.

La torpeza para convivir con el mundo natural y en consiguiente, para vivir con nosotros mismos, es dramática, acarreamos una incapacidad para empatizar con los elementos no humanos porque su significado radica en cómo ellos son útiles para nuestro pequeño universo de satisfacciones personales, lo que delata el antropocentrismo y el excepcionalismo humano imperante que invade todas las disciplinas (Haraway, 2019). Asumimos, especialmente en contextos ciudadanos y urbes sobrepobladas, que la naturaleza a duras penas, adopta forma de parque público o jardín entre edificios. Tenemos

síntomas severos de déficit de naturaleza (Louv, 2005), en todos sus sentidos, desde la carencia de espacios naturales de crecimiento espontáneo hasta la artificialidad de los alimentos que comemos. Las niñas y los niños de hoy son las generaciones más desconectadas y desentendidas de la naturaleza de la historia, lo cual deriva en trastornos físicos, de salud, creatividad, estimulación y atención. Su vínculo con la vida silvestre, animales, flores o insectos, se genera a través de la literatura, la representación y las imágenes, pero escasamente desde la vivencia natural porque apenas nos adentramos en ella.

Y así, en todo este escenario de escasez natural, el virus se transforma en un *enemigo* letal. De la noche a la mañana, el reino de lo invisible que nos gobierna, ha rugido con una eficacia sorprendente a través de la pandemia. Las economías globales paralizadas y las sociedades encerradas como nunca, en sus casas y con el virus en sus *almas*, se detienen a mirar por la ventana cómo pasa el mundo. Ahora los enjaulados somos los humanos.

Enjaulados, nosotros. Ciudad y fauna

Durante las mismas primeras semanas de marzo, mientras el gobierno español aún mantenía su discurso bélico, comenzaron a circular en redes sociales y medios de comunicación diversos vídeos que mostraban animales salvajes o que viven en los perímetros urbanos, circulando por las ciudades vacías. Los avistamientos fueron múltiples: osos, jabalíes, cisnes, pumas, corzos, pavos reales, monos, ciervos. Algunos se paseaban por mares y calles con mucha tranquilidad y desplante, otros, en cambio, actuaban con miedo y cautela, atentos al movimiento humano. Las imágenes se volvieron virales rápidamente, desde distintas latitudes los usuarios de redes sociales reflexionaban “cómo la naturaleza recuperaba lo suyo”, que “el ser humano es una plaga para el planeta” (Martínez, 2020), que los animales pensaron “menos mal que estos humanos nos dan una tregua” o que “no somos nadie”. ¿Qué podían provocar estos animales comportándose como animales en *nuestros* espacios civilizados? Si bien una parte de estos vídeos fueron desmentidos pues eran de otra época u otros lugares que no correspondían con lo

enunciado, de aquellos comentarios ligeros de redes sociales que personalizaban la naturaleza y del cómo se observaron las imágenes, se despliegan algunas reflexiones posibles.

Primero, es sugerente percatar cuán ajeno es para los habitantes de urbes lo que circula de manera libre y salvaje, aquello que parece moverse extrañamente, orgánicamente. Los animales merodeando se asemejaban a escenarios de películas o series distópicas como *Black Mirror*: es tal el consumo de imágenes fílmicas que se producen y devoramos que nuestros imaginarios parecen depender de ellas cuando estamos en circunstancias de tintes apocalípticos, articulando nuestra perspectiva de vida en función de una ficción. Percibir el mundo a partir de imaginarios fabricados producía así, la extrañeza de experimentar la realidad y con ello aparecían sospechas y temores: nosotros *castigados* e inmovilizados por el virus, bajo la incertidumbre y viendo pasar la vida desde la ventana, versus, la fauna, libres y feroces buscando comida para sobrevivir alrededor nuestro. Pensamientos que parecían asomarse a un imaginario de “animales fiera” que tenemos arraigado desde pequeños -el lobo malo, el tiburón asesino, el buitre carroñero. Matices que podrían contextualizarse también en un ámbito ciudadano donde se ejerce la “lógica del dominio” sobre la fauna advertida como mundo ajeno e inferior (Plumwood, 2003), una fauna instrumentalizada que se limita al servicio y a la diversión de los humanos: zoológicos, tiendas de mascotas, leones de circos, toros agujereados, gatos esterilizados, vacas en bandeja. Un arquetipo de animal basado en una serie de estereotipos y prácticas culturales que parecen turbar la relación humano/animal. La confusión es inmensa, las niñas y los niños de ciudades, atrofiados por la falta de naturaleza, desarrollan imaginarios ambiguos de lo que significa el mundo animal para ellos, por ejemplo, no comprenden cómo su “amigo pollo” es el mismo que se llevan a la boca hecho puré, o cuando juegan con sus animales de plástico suelen construir cercas y celdas para que cada animal disciplinadamente se mantenga en su reducido espacio, además, añoran tener un perro que acompañe sus reiteradas soledades. ¿Cómo observar, entonces, esta fauna salvaje por las calles vacías si los nuestros domesticados y faltos de libertad “se han vuelto nuestras herramientas” (Tafalla, 2019)?

Que la fauna tuviese la voluntad de ingresar a las urbes cuando los grupos humanos hicieron su retirada, estaba también determinado por la tranquilidad nunca antes vista. Una buena parte de los animales entraron durante la noche, momento en que, bajo confinamiento, la actividad había cesado del todo, la capital, en este caso hablo de Madrid, parecía un pueblo que había recobrado el silencio y la quietud. La fauna imaginó nuestra huida o quizá nuestro final, y más allá del miedo que significaba acercarse a los peligros humanos, dieron paso en busca de comida y agua, siguiendo sus instintos de supervivencia. La toma de ciudades vaciadas por parte de animales es un acontecimiento que ha sucedido en otros escenarios de desastres socionaturales. En Fukushima, por ejemplo, posterior al tsunami de 2011, la ciudad apestada por las emisiones radiactivas derivadas de la destrucción de las centrales nucleares, tuvo que ser desalojada. La ciudad se volvió fantasma, las personas desaparecieron, pero los animales domésticos y salvajes de los alrededores siguieron ahí, deambulando, buscando alimentarse, conviviendo con la contaminación invisible. Lo sugerente es que casi diez años después, a pesar de que el aire radiactivo no se ha extinguido, las especies de vida silvestre siguen viviendo en algunas zonas evacuadas y su crecimiento se ha duplicado (Schenkman, 2020).

Ahora bien, ese proceder animal sin amansar bajo estado de encierro producía, además, una fascinación inmensa. Las imágenes de los vídeos fluyeron rápidamente por las redes, se compartían un sin fin de veces, se comparaban casos entre países, se identificaba la fauna, los territorios, se inventó y manipuló la información. Las imágenes animales desplegaron una atracción y una belleza hechizante por su anomalía, su rebeldía, su aberración, su frescura. Por la fractura de lo normativo y estático. Cuando la imagen del desastre nos mantiene encandilados observando la ruptura de los sistemas, el quiebre de mundo, gozando en persona lo que consumimos en ficción. Cuando se aúna lo bello y trágico, lo familiar y siniestro. Mantenerse encandilado ante un imaginario que refleja un cruce de fragilidades entre lo humano y lo no humano, personas versus animales, ambas especies susceptibles a derrumbarse, cada una en su lucha por resistir la adversidad. En ese encuentro: la fragilidad humana activada ante la amenaza patógena, y a la par, la

fragilidad de la fauna que se esconde de nosotros durante la “normalidad”, siendo más vulnerable al tener que convivir con nuestra crónica amenaza.

De los muchos vídeos observados quisiera detenerme en uno que retrataba el andar de un puma cordillerano en Santiago de Chile y que podría aunar el encuentro de aquellas fragilidades atisbando el desequilibrio entre ambas especies. Si bien ocurrieron en la capital chilena varios avistamientos inéditos de pumas por zonas residenciales cercanas a la precordillera de los Andes, aquel puma que se paseó por las comunas de Ñuñoa y Providencia, conmovía en especial. En el contexto global del cambio climático y la catástrofe ecosocial, Chile vive la crisis hídrica más severa de los últimos 100 años, siendo la última década los años de mayor opresión sobre los ecosistemas naturales y de sequía sostenida. El agua escasea, se antepone la desertificación, erosión y se empobrece el medio ambiente; al minorizarse el follaje vegetal los animales deben migrar y buscar otras alternativas para conseguir agua y alimentos (Briceño, 2020). Con la falta de lluvias, las reservas de agua se reducen y las presas para felinos como el puma que come principalmente liebres y conejos de cerros, están disminuyendo considerablemente. La diversidad de flora y fauna desaparece, lo que produce que animales se desplacen de sus hábitats originales e improvisen nuevas rutas y parajes para sobrevivir.

El puma cordillerano iba en busca de aquellas nuevas rutas. Al ser un felino joven tuvo la valentía de acercarse a la ciudad cuando parecía no existir peligro debido a la soledad y aparente desaparición del factor humano. Su deambular errante era un espectáculo gustoso para la perspectiva humana. Las imágenes parecen advertir aquel intersticio vacío que se produce entre el observador humano asombrado y los movimientos felinos de salvación. Un sonido (ilusorio) de agonía emana por entre los gestos físicos de supervivencia del animal, tan salvajes y seductores, en contraste al entorno construido de ciudad, el aspecto sintético de autos, muros, cementos, césped, farolas. Un contraste enorme de formas, sensibilidades y singularidades que evidencia la distancia que se dibuja entre *nosotros* y *ellos*. El miedo se percibe en ambas especies, en la mirada del felino hacia la cámara y sus espectadores alrededor como posibles adversarios, así también, en el titubeo y el temblor de quien registra el vídeo, ambos son vulnerables en diferente medida.

No obstante, quien finalmente es capturado y doblegado es el puma. Si bien, esto podría parecer indiscutible si pensamos que su merodear errático habría sido un peligro para la ciudadanía y para sí mismo, revela la trama más oscura del vínculo entre humano y no humano: el puma fue atrapado, cuidado, evaluado médicamente y luego liberado en su hábitat por los órganos nacionales de protección de salud de animales y vegetales (SAG), pero, ese hábitat, ya no es su hábitat. Su medio ambiente malherido debido a la catástrofe ecológica global, lo ha llevado a improvisar su destino, y por muy complacientes, responsables y correctos que ahora parezcamos actuar, ese destino ya está destrozado.

*Este ensayo fue escrito en mayo 2020 bajo confinamiento en Madrid. El vídeo del puma chileno que menciono (RTVE Noticias, 26 marzo 2020) está disponible en [aquí](#).

Bibliografía

Alba, Santiago y Herrero, Yayo. "¿Estamos en guerra?", en CTXT, 22 marzo, España, 2020. Disponible en: <https://ctxt.es/es/20200302/Firmas/31465/catastrofe-coronavirus-guerra-cuidados-ciudadanos-ejercito-alba-rico-yayo-herrero.htm>. Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

Aurenque, Diana. "Pensar en la muerte es un lujo que no todos se pueden dar", en *The Clinic*, 14 mayo, Chile, 2020. Disponible en: <https://www.theclinic.cl/2020/05/14/diana-aurenque-filosofa-y-bioetica-pensar-en-la-muerte-es-un-lujo-que-no-todos-se-pueden-dar/> Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

Briceño, Cristóbal. "La razón por la que pumas han aparecido en céntricas comunas de Santiago", en: *TVN 24 horas*, 29 de marzo, Chile, 2020. Disponible en: <https://www.24horas.cl/nacional/la-razon-por-la-que-pumas-han-aparecido-en-centricas-comunas-de-santiago-4058544>

Carmona, J. "Componer con Gaia: el problema de libertad en tiempos del coronavirus", en: *El Salto*, 23 de marzo, España, 2020.

<https://www.elsaltodiario.com/el-rumor-de-las-multitudes/componer-con-gaia-el-problema-de-la-libertad-en-tiempos-del-coronavirus>. Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

“Chile: Encuentran un puma deambulando por las calles de Santiago de Chile durante el toque de queda”, en: *RTVE Noticias*, 26 de marzo de 2020. Disponible en:

<https://www.youtube.com/watch?v=358-jwZQ-sQ>

Dorta, Pedro. “El virus que (nos) ha cambiado el mundo”, en: *U. de La Laguna*, 15 de abril, 2020. Disponible en: <https://www.ull.es/portal/noticias/2020/el-virus-que-nos-ha-cambiado-el-mundo/> Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

Haraway, Donna. *Seguir con el problema. Generar parientes en el Chthuluceno*.

Consonni: Bilbao, 2019.

Louv, Richard. *Last child in the Woods. Saving our children from Nature-Deficit Disorder*.

Algonquin Books: Estados Unidos, 2005.

Martinez, Layla “¿A quién vamos a matar?”, en: *El Salto*, 25 de marzo, España, 2020.

Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/layla-martinez-quien-vamos-matar-pandemia-> Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

Maturana, Humberto. “Si no nos escuchamos iremos directo a la extinción”, en *La Tercera*, 30 de abril, Chile, 2020. Disponible en: <https://www.latercera.com/que-pasa/noticia/humberto-maturana-si-no-nos-escuchamos-iremos-directo-a-la-extincion/W5LQCX2VWFE7DOXOBGI326IAZE/> Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

Maturana, Humberto. “Si no nos escuchamos iremos directo a la extinción”, en *La Tercera*, 30 de abril, Chile, 2020. Disponible en: <https://www.latercera.com/que-pasa/noticia/humberto-maturana-si-no-nos-escuchamos-iremos-directo-a-la-extincion/W5LQCX2VWFE7DOXOBGI326IAZE/> Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

Maturana, Humberto. “Si no nos escuchamos iremos directo a la extinción”, en *La Tercera*, 30 de abril, Chile, 2020. Disponible en: <https://www.latercera.com/que-pasa/noticia/humberto-maturana-si-no-nos-escuchamos-iremos-directo-a-la-extincion/W5LQCX2VWFE7DOXOBGI326IAZE/> Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

Plumwood, Val. *Feminism and the Mastery of Nature*. Routledge: Londres, 2003.

Quammen, David. “Somos más abundante que cualquier otro gran animal. En algún momento habrá una corrección”, en: *El País*, 19 de abril, España, 2020. Disponible en:

<https://elpais.com/ciencia/2020-04-18/somos-mas-abundantes-que-cualquier-otro-gran-animal-en-algun-momento-habra-una-correccion.html> Consultado en línea: 27.05.2020.

Schenkman, Lauren. “After a nuclear disaster, then what? A surprising look at the animals of Chernobyl and Fukushima”, en *TED*, 13 de febrero, 2020. Disponible en:

<https://ideas.ted.com/after-a-nuclear-disaster-then-what-a-surprising-look-at-the-animals-of-chernobyl-and-fukushima/> Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

Stengers, Isabelle. *En tiempos de catástrofe. Cómo resistir a la barbarie que viene*. Ned: Barcelona, 2009.

Tafalla, Marta. *Ecoanimal. Una estética plurisensorial, ecologista y animalista*. Plaza y Valdés: Madrid, 2019.

Thacker, Eugene. *En el polvo de este planeta (El horror de la filosofía vol. 1)*. Materia Oscura: Buenos Aires, 2015.

Valladares, Fernando. "El ecólogo que receta naturaleza contra los virus", en: *La Vanguardia*, 9 de mayo, 2020. Disponible en:

<https://www.lavanguardia.com/vida/20200509/481027584994/ecologo-receta-naturaleza-contra-virus.html>. Consultado en línea: el 27 de mayo de 2020.

Villagrán Carolina y Videla Miguel. "El mito del origen en la cosmovisión mapuche de la naturaleza: una reflexión en torno a las imágenes de *filu - filoko - piru*", en *Revista Magallania*, 46, 2018, pp. 249-266.